



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. II octubre de 2019



Fátima:
castigo, penitencia
y misericordia



Escenas de la vida de San Alfonso Rodríguez (detalle). Iglesia de Montesión, Palma de Mallorca, España

Santidad “*victa et non picta*”

San Alonso Rodríguez consiguió hacer un bien inmenso a España y a todo el mundo, ocupando un puesto humildísimo. Era el portero de un convento situado en una isla que en aquel tiempo tenía una comunicación difícil con el continente. Allí, consumió cuarenta y cinco años de su existencia.

A pesar de estar en este rincón, el buen olor de Jesucristo que había en él se esparció por toda la isla de Palma de Mallorca, por España y después por el mundo, con la figura venerable de este viejo portero, acogedor, afable, siempre al alcance de todos en la portería y, por lo tanto, pudiendo ser consultado por quienquiera que fuese. Esto hizo de su silla de portero un trono de sabiduría. Todos iban allí para verlo y oírlo.

Fue una vida toda integrada y empleada en el servicio de Dios Nuestro Señor y de la Santa Iglesia Católica, porque la santidad, o sea, la sabiduría, tiene una irradiación propia que nada se le compara. No es tan importante que el santo esté en un lugar donde todos lo vean, porque dondequiera que él se encuentre, el afecto y la admiración allí convergen. Basta con que sea un santo auténtico, con una santidad - como decían los antiguos - *victa et non picta*, esto es, conquistada y no pintada.

(Extraído de conferencia de 30/10/1967)

Sumario

Vol. II - No. 18 Octubre de 2019



En la portada, multitud reunida en Fátima el 13 de octubre de 1917. En destaque, imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima, y San José con el Niño Jesús (acervo particular).

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

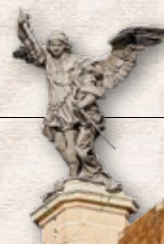
Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

- 4 *Con Nuestra Señora no se juega*



PIEDAD PLINIANA

- 5 *Guerreros en la gran lucha que se aproxima*



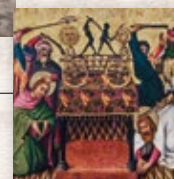
DOÑA LUCILIA

- 6 *A los débiles, coraje; a los valerosos, humildad*



GESTA MARIAL DE UN VARÓN CATÓLICO

- 8 *Integridad y desapego frente a invitaciones y amenazas*



SANTORAL

- 16 *Santos de Octubre*



HAGIOGRAFÍA

- 18 *Santa del glorioso castigo*

PERSPECTIVA PLINIANA DE LA HISTORIA

- 23 *Misterios de un alma y de un pueblo*



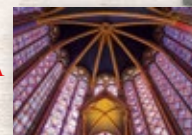
LA SOCIEDAD ANALIZADA POR DR. PLINIO

- 28 *Cómo se forma la costumbre - I*



LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

- 33 *La incomparable y maravillosa Sainte-Chapelle*



ÚLTIMA PÁGINA

- 36 *Meditación de María*

Con Nuestra Señora no se juega

Hay ciertos temas que nos son tan familiares y queridos en el corazón que se volvieron objeto de innumerables comentarios de nuestra parte. Aun así, no podríamos dejar pasar el día 13 de octubre sin dedicar un instante nuestra atención al asunto Fátima. Esta vez no voy a comentar tanto el Mensaje sino la actitud del mundo frente a él.

La Santísima Virgen documenta la autenticidad de su anuncio de dos modos. En primer lugar, Ella lo confía a pastorcitos incapaces de comprender su significado, limitándose a repetir lo que oyeron. A veces, discursos largos y complicados que ellos transmitían sin contradecirse, inclusive cuando eran sometidos a investigaciones policiales brutales.

Por otro lado, Nuestra Señora realizó milagros que probaban a la multitud allí reunida, incluso a gente más lejana, que algo sobrenatural estaba sucediendo, como, por ejemplo, la famosa “danza” del sol. Todo atestiguado por personas que vivían muy distantes de Fátima.

Entretanto, llama la atención el modo en que el mundo recibió el mensaje de Fátima, no sólo la incredulidad de muchos a la vista de episodios tan impresionantes, sino también el hecho de no encontrarse quién hiciera el siguiente comentario: tomado el mensaje de Fátima en sí mismo, apenas por su contenido, abstracción hecha de todos los prodigios que lo rodearon, ya estaban todas las razones para admitir su veracidad.

Quien conociera un poco de moral no podía dudar de que el mundo estaba inmerso en un proceso de pecados gravísimos, cuyo dinamismo permitía prever hacia dónde sería llevada la humanidad.

Por lo tanto, teológicamente hablando, bastaría pensar un poco para tener la certeza de que, de no darse una gran conversión, vendría un castigo.

Así, con un poco de conocimiento de la Teología de la Historia, se vería que se trataba de un mensaje acorde con lo que un hombre de Fe, analista de los acontecimientos de la época y dotado de cierta profundidad de espíritu, debería pensar.

Ahora bien, los niños transmitieron así una comunicación sabia y verdadera en sí misma, de una sabiduría y riqueza de contenido que excedía su capacidad natural. Luego el mensaje es intrínsecamente verdadero.

En último análisis, alguien que observase el mundo de aquel tiempo a la luz de la Revolución y de la Contra-Revolución distinguiría en el Mensaje tres aspectos: una descripción teológica de los pecados de aquel tiempo, el anuncio de un castigo, y la indicación de los medios de evitarlo, es decir, la penitencia y la consagración al Inmaculado Corazón de María.

La Puerta de la misericordia es precisamente Nuestra Señora, llamada Puerta del Cielo. Es decir, es ultra teológico que Ella haya dicho: “Cesen de pecar y recurran a Mí que obtengo la eliminación del castigo”. Nada más razonable.

Sin embargo, la humanidad recibió el Mensaje de Fátima con orgullo, cuando él exigía un acto de humildad, o sea, que los hombres reconocieran: “Hemos pecado, nos portamos mal”. Exigía la enmienda, el abandono de la impiedad y de la inmoralidad en las cuales se iban hundiendo. Por eso hubo un rechazo global con relación a ese Mensaje. Vemos los resultados por todas partes.

Hagamos un examen de conciencia. ¿Tenemos los ojos suficientemente abiertos para el Mensaje de Fátima? Comprendamos que con Nuestra Señora no se juega, y pidamos a Ella que se apiade de nosotros*.

* Trechos de una conferencia de 13/10/1970



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

Guerreros en la gran lucha que se aproxima

Santo Ángel de mi Guarda, sé que dentro de los planes divinos debéis, por los designios de Nuestra Señora, ejercer especial papel en la realización de mi vocación. Vos, con todos los espíritus celestiales, poseéis una misión altísima en la lucha contra la Revolución. Me dirijo a todos vosotros teniendo presente el vínculo que estas circunstancias establecen honrosamente de vosotros y yo.

En nombre de ese vínculo os pido: obtened de la Reina del Cielo que vuestra acción se intensifique y tome toda la magnitud. Que apague mis debilidades, infidelidades, flaquezas, y acreciente mi deseo de servir enteramente a la causa de la Iglesia Católica y de la Civilización Cristiana.

Yo os pido, por lo tanto, que intervenáis cuanto antes sobre las personas y los acontecimientos de manera que, libres de la acción del demonio, la cual hoy en día alcanzó un auge, podamos perteneceros enteramente y ser vuestros guerreros en la gran lucha que se aproxima.

(Compuesta el 4/12/1980)



Gabriel K.

San Miguel Arcángel - Castillo
Sant'Angelo, Roma, Italia



A los débiles coraje, a los valerosos humildad

Doña Lucilia actúa en las almas de un modo muy suave, transformando las personas como sin que ellas se den cuenta. Ni siquiera es preciso hacer grandes propósitos; es necesario que ella sea constante, y no nosotros. Durante los acontecimientos previstos en Fátima, ella tendrá un papel muy importante, dando coraje a los débiles, humildad a los valerosos, y a todos mucha unión con Nuestra Señora.

Toda convivencia está compuesta por dos elementos: un estado de alma y un modo de tratar.

Un fondo de continua contemplación

La convivencia con mi madre era medio indefinible, porque su estado de alma tenía un fondo de continua contemplación. Tratando de los asuntos domésticos con alguien, ella lo hacía de modo semejante al de dos personas que estuviesen conversando dentro de un santuario. Su fondo de alma era siempre sacral, serio, elevado, muy respetuoso. Eso era algo estable, fijo, aunque la sacralidad haya crecido con el tiempo.

Este era el estado de espíritu con el que ella llevaba la conversación,

con una gran benevolencia para con la persona con quien hablaba, pero moderada por una especie de intransigencia vigilante. Si alguna cosa contrariaba los principios morales, ella la rechazaba y no cedía, y creaba un ambiente en el que aquel error no tenía ciudadanía. No era una persona ingeniosa, sino una oyente muy atenta a todo lo que se narraba, y era interesante contarle, porque mi madre tenía pequeñas reacciones curiosas, dando ánimo, nunca con amargura, siempre con confianza en la Providencia de que las cosas saldrían bien, de manera que cerca de ella uno se sentía animado y confortado continuamente.

El trato era invariablemente hecho de una mezcla de afecto y de respeto. Ella respetaba a cualquier persona, por mínima que fuese, en el grado



Archivo Revista

de aquella persona; no era igualitaria en nada. Siempre con un modo de dignidad que con ella no se facilitaba, no había la posibilidad de una broma irrespetuosa o impertinente.

Pero lo que proporcionaba un perfume a todo eso era un desapego continuo. Siempre pronta a sacrificarse por cualquiera, de cualquier forma, a cualquier hora, de buena voluntad; solo le faltaba agradecerle a la persona la oportunidad de sacrificarse por ella. Nunca la vi ceñuda. Así era ella en la intimidad, el tiempo entero, en las cosas más pequeñas.

Al mismo tiempo, tenía la afabilidad más cariñosa que se pueda imaginar hacia los niños, la flexibilidad para ayudar de cualquier modo, con

mucha elevación. No obstante, una elevación que eleva a los otros en vez de aplanarlos, con la mirada de una persona que no presta mucha atención en las cosas concretas y, sobre todo, no está puesta en sí misma.

*Ella me inspiró la
inocencia primera
y después la
preservó, evitó
que se destruyera,
dándome muchos
elementos
para formar los
arquetipos del
hombre como
debe ser.*

En un niño educado en el contacto con una señora así, toda la inocencia primera tiene un elemento de estímulo enorme, en el sentido de considerarla como un paradigma de persona como se debe ser, que abre una clave y genera un ambiente que nadie más crea.

Inspiró y preservó la inocencia primera del Dr. Plinio

¡Era algo único! Cuando estaba con mi madre, yo sentía que entraba en una atmósfera luminosa, fluida, invisible y muy visible creada por ella. La inocencia primera cantaba y se encantaba. A veces, cuando ella me contaba una historia, me quedaba atendiendo más a ella que en la trama.

Eso me sirvió también como elemento de preservación hasta cumplir más o menos veinte años. Ella servía

de abastecimiento continuo para la fidelidad a mi ideal, y de cierta forma representaba ese ideal, que ella poseía de un modo vivo, aunque no sabría presentar en términos doctrinarios. Era yo quien hacía la doctrina sobre lo que era mi madre, y que ella no sabía explicitar.

En cierto momento el papel se invirtió y yo comencé a darle la doctrina. Ella prestaba mucha atención y se veía que aquello entraba profundamente en su alma. Por ejemplo, la devoción a Nuestra Señora.

Ella me inspiró la inocencia primera y después la preservó, evitó que se destruyera, dándome muchos elementos para formar los arquetipos del hombre como debe ser.

Para eso, mi madre contaba muchas historias de personas de su tiempo. Los personajes eran arquetipizados por ella. Así, mi madre formaba arquetipos basados un poco en la leyenda y un poco en la Historia. Como su alma tenía mucho de lo que ella modelaba, una cosa completaba la otra, y enseñaba cómo debe ser un varón verdaderamente católico.

La actitud de alma que se debe tener es dejarla actuar, porque ella actúa en el alma de un modo muy suave, de quien no pide permiso para entrar, de manera muy íntima, interna, y al mismo tiempo con una cierta fuerza de influencia que transforma a la persona, como sin que esta se dé cuenta. No es necesario hacer grandes propósitos. Es necesario que ella sea constante, y no nosotros.

Después de su muerte, Doña Lucilia ha tenido una actuación que nunca imaginó cuando estaba viva. Pienso que en los acontecimientos previstos en Fátima ella tendrá un papel muy importante, dando a los débiles coraje, a los valerosos humildad, y a todos mucha unión con Nuestra Señora. ❖

*(Extraído de conferencia de
23/12/1974)*



Archivo Revista



Integridad y desapego frente a invitaciones y amenazas - II



Archivo Revista

El Dr. Plinio un año antes de su candidatura a diputado



Congregados marianos de São Paulo reunidos para conmemorar la elección del Dr. Plínio (destacado en la foto) como diputado, en mayo de 1933

Aunque trabajase sin pretensiones, pero con ahínco y eficacia por los intereses de la Iglesia en la Constituyente, el Dr. Plinio fue objeto de boicot y persecución. Sin embargo, a pesar de invitaciones y amenazas, mantuvo siempre íntegra su fidelidad a la Ley de Dios y a la Causa Católica.

Antes de comenzar el conteo de los votos, me encontré con uno de los candidatos, Azevedo Marques, un señor ya de edad. Se dirigió a mí diciendo:

- ¡Oh, aquí está el más votado entre nosotros! El candidato ya elegido.
- ¡Bueno, Dr. Azevedo Marques! Elegido está usted, hombre ya conocido e ilustre, y no un novato como yo.
- No. Ya tengo informes. Todas las "Hijas de María" del interior de São Paulo votaron por usted.

Poco después me vino la confirmación: Yo estaba elegido.

Misión que traía una bendición y una maldición

Pasaron algunos meses -casi un año- hasta la reunión de la Constituyente, período que aproveché intensamente para leer. Fue en aquel entonces que leí el *Tratado de derecho natural* de Taparelli d'Azeglio, *El*

Alma de todo apostolado, de Mons. Chautard, y *La conjuración anti-Cristiana*, de Mons. Delassus.

...o el apóstol está completamente exento de amor propio, o sepulta la causa que pretende servir

Confieso que el libro clave para mí en ese período no fue solamente el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen* de San Luis María

Grignon de Montfort, sino también el de Mons. Chautard, pues me sirvió de muralla contra la grande, la tremenda tentación a la que yo podría estar expuesto, que era la del amor propio derivado de la siguiente situación que vivía en ese momento: a los 24 años de edad era el diputado más votado del Brasil; por lo tanto, con toda esa publicidad encima de mí, era una especie de celebridad, y una carrera sin término se abría ya por delante.

Mons. Chautard ponía los puntos sobre las íes: o el apóstol está completamente libre de amor propio y no busca hacer carrera, sino exclusivamente el servicio de la Iglesia, o sepulta la causa que él pretende servir. De ahí esta conclusión: La victoria de la Iglesia en la Constituyente podía cerrar el período del laicismo, lo que confirmaba de modo espléndido la fuerza del poder de la Iglesia, cuarenta años después de separada del Estado. Esa victoria, en lo



Archivo Revista



La Sra. Doña Lucilla en los días de la elección de su hijo

La Providencia me exigía un desapego durísimo

Otra razón más me llevaba a asumir el cargo de diputado con todas mis fuerzas: era muy rentable. Si yo no aceptaba ese cargo caería en la miseria a causa del siguiente hecho ocurrido en ese tiempo.

Mi padre era un buen abogado, pero tuvo una industria con la que le fue muy mal y tuvo que cerrar su oficina en São Paulo y litigar al interior del Estado. Pero allí, ya en quiebra, ganaba apenas lo suficiente para mantenerse. Mi madre vivía conmigo y mi her-

damente. Y para mí eso era suficiente. Después, yo trataría de organizarme; de tal manera que no tendría preocupaciones económicas.

Sin embargo, en ese ínterin, uno de los hermanos de mi madre hizo

Debería estar dispuesto a entregar mi cargo, renunciar a mi carrera y volver a ser un cero si la Causa Católica lo exigía.

malos negocios y mi abuela hipotecó un edificio suyo que era el grueso de su fortuna. Con la caída de la moneda nacional, la hipoteca se “comió” el edificio entero y el patrimonio se fue a la quiebra.

que se refería a mí, consistía en que yo no me permitiese un movimiento de vanidad, por pequeño que fuese.

Yo debería estar dispuesto, en cualquier momento, a entregar mi cargo, renunciar a mi carrera y volver a ser cero desde que la Causa Católica así lo exigiese. Y para ver las cosas de frente, la verdad es la siguiente: Yo quedaba encargado de hacer un enorme apostolado y esa misión traía consigo, en germen, una bendición y una maldición. Una bendición, si yo fuera enteramente desapegado; una maldición, si me apegara, porque podría echar abajo todo el apostolado.

Y comenzaba, entonces, la lucha contra el orgullo, pues si todo ser humano concebido en pecado original tiene impulsos de amor propio, era bien evidente que yo los poseía también. De otra parte, sentía a mi alrededor el coro de la adulación que surgía con la fama de muy buen orador.

mana en la casa de su madre que no era una señora muy rica, aunque sí algo acomodada. Entonces, cuando mi abuela muriera, mi madre heredaría lo necesario para vivir despreocupa-



Vista aérea del hotel Gloria – Rio de Janeiro, Brasil

Divulgación



El Dr. Plinio, en 1934, con los miembros de la bancada paulista con ocasión de una cena solemne en el Hotel Copacabana, Río de Janeiro, Brasil

Lo que le quedaba a mi madre como herencia era una insignificancia. Y, por lo tanto, si yo no quedaba de diputado, ella y yo caeríamos en la más negra miseria. Para mí quedaba puesta la alternativa: Hacer carrera, celebridad, dinero, o la miseria. Y una miseria particularmente dolorosa porque no era solamente para mí -ya que un joven se las arregla de algún modo- sino que era la miseria para mi madre.

La Providencia exigía de mí un desapego durísimo, porque no era el desapego de un hombre que tiene el piso firme bajo los pies y que desiste de una situación mejor, sino que era aceptar, si fuese necesario, la vergüenza de dejar de ser diputado y sufrir un fracaso, una catástrofe, pasar al grado cero.

No se trataba apenas de una batalla interior contra un rugido de la vanidad, sino de un combate contra una cantidad de formas de vanagloria intentando atraparme a todo instante. Una lucha meticulosa, pues percibía, que, si yo le diese la más mínima cuerda a la vanidad, entra-

ba en mi alma el apego, y difícilmente tendría las fuerzas necesarias para enfrentar la hipótesis de una miseria. También yo comprendía que fácilmente podría suceder una crisis política, una revolución o cualquier cosa que de repente me hiciera per-

“¡Aguanto!
¡Nuestra Señora
dadme fuerzas!
Vamos para
adelante”.

der el nombramiento, y tal vez podría recibir un ultimátum: “O usted se vende al adversario, o en la próximas elecciones no saldrá elegido”. Intrigas, etc...

Y tenía que tomar, por tanto, la resolución de no ceder.

Las primeras perplejidades

Recuerdo que lo fuerte de mi preparación para ejercer el cargo de diputado fue esa batalla para conservar el desapego interior, que comenzó a ser puesto a prueba tan pronto llegué a Río de Janeiro.

Mi partida de São Paulo por ser diputado fue muy lisonjera: La estación ferroviaria repleta, aplausos, vivas etc. ¡Un triunfo! Era de noche.

Llego a la mañana siguiente a Río de Janeiro, acompañado de mis familiares que habían ido a asistir a mi toma de posesión en la Asamblea Constituyente, y nos dirigimos al Hotel Gloria que, en aquel tiempo, era de gran lujo. Yo siempre pensando conmigo mismo: “¿Usted en este lujo y mañana en la miseria? ¿Soporta venir a menos y ver caer a su madre que ahora está encumbrada y verla después vivir en una casa de un barrio obrero?”

Mi respuesta fue: “¡Aguanto! ¡Nuestra Señora, dadme fuerzas! Vamos para adelante”.



Archivo Revista

Comemorações de Anchieta na Constituinte



Periódico "La Gaceta",
20 de marzo de 1934

O deputado Plínio Corrêa de Oliveira, quando discursava sobre o grande apóstolo na sessão de ontem da Constituinte

En los primeros días verifiqué que había diputados electos por la LEC más o menos de todo Brasil, y que sería posible formar una bancada de treinta a cincuenta diputados. De todos los diputados elegidos, ciertamente era yo el más conocido como católico. Por otro lado, entre todos era el más reconocido como un buen orador. Lo natural sería, entonces, que me designaran líder de toda la bancada católica.

Entre tanto, Tristán de Athayde¹ convocó una reunión de los diputados católicos en la sede de la LEC en Río, localizada cerca de la Cámara de los Diputados, para dar las normas de Mons. Leme². Y dijo lo siguiente:

“El Sr. Cardenal Leme ha resuelto tres cosas: No habrá bancada de diputados católicos. Ustedes deberán estar dispersos en las bancadas de sus respectivos Estados. Segundo, debido a esto no habrá diputado líder. El líder católico de los diputados voy a ser yo, desde fuera de la Cámara. Ustedes deberán venir aquí a recibir las directrices de Mons. Leme. Tercero, ningún católico debe hacer discurso con respecto a los puntos de las reivindicaciones católicas porque como ya tenemos la mayoría garantizada, el Cardenal

tiene certeza de que la mayoría votará a favor de todo lo que deseamos; un discurso solamente puede entorpecer todo. De manera que, si quieren hacer discursos sobre política, es responsabilidad de ustedes. Nadie puede hacer discursos en nombre de la LEC”. Y, finalmente otra prohibición: “Les queda prohibido contar que se les ha prohibido hablar”.

*Percibí que una
parte de lo que
los católicos
en São Paulo
esperaban de mí,
se me escapaba
de las manos*

Yo no tenía bastante experiencia política para objetar, y algunas de esas decisiones eran razonables. Me mantuve quieto, pero percibí que una parte de lo que los católicos de São Paulo esperaban de mí se escapaba de mis manos.

Quedé perplejo y comencé a frecuentar las reuniones de la bancada paulista, que se realizaban todos los días en la mañana. En la tarde, reunión de la Cámara de los Diputados y, a la tardecita, reunión de los diputados católicos en la sede de la LEC de Río.

*Un extraño vacío
se fue haciendo
a mí alrededor*

Percibí muy pronto que en Río de Janeiro las cosas no iban a ser como en São

Paulo se esperaba, porque yo no tenía ninguna posibilidad de hacer discursos. Tristán de Athayde organizó una serie de conferencias culturales de diputados en la sede del Centro Monseñor Vital. Eran, si no me engaño, diez conferencias, dos por mes. La mía fue la novena. Ahora bien, siendo yo el diputado más votado ¿por qué me postergaban de esa manera? En los periódicos iban a salir esas listas, y daría la impresión de un niño grande que la LEC no tomaba en serio y lo mandaba al final. Eso era confirmado por el hecho de que yo no podía proferir discursos.

Aunque estuviésemos autorizados para hablar de política, si yo hiciese discursos sobre ese tema dividiría a mi electorado, unido en materia religiosa pero no en política. De manera que me sentía atornillado.

¿Qué haría? En la mañana, en las reuniones de la bancada paulista, luchaba para que las enmiendas católicas entraran y fueran aprobadas unánimemente. A la tarde, en la Asamblea, hacía lo mismo, conversando con uno y otro diputado, pidiendo que las enmiendas pasaran en la Cámara. En la tardecita iba a oír las órdenes de Tristán de Athayde, y en la noche permanecía aislado, bloqueado. No había un solo

congregado mariano que me buscara o una asociación católica que me invitara a algo. Pasaba las noches solitario en mi cuarto de hotel. Ese era otro síntoma inquietante del aislamiento en torno de mí. Es decir, yo notaba que un vacío extraño se venía haciendo a mí alrededor.

Me fui encima con una interpelación retumbante, desafiándolo y diciéndole que no había disociación entre la Religión y la Patria.

Aprovechaba algunas ocasiones que aparecían para romper ese silencio como, por ejemplo, el aniversario de la muerte de José de Anchieta. Pedí la palabra a la Cámara para hacer un discurso, como diputado paulista, en conmemoración de ese apóstol del Brasil. Contra eso nadie podía decir nada, porque no se refería a las enmiendas católicas, y era la oportunidad de hacer uso de la palabra. Hice el discurso y, gracias a Dios repercutió muy bien, incluso en la prensa paulista.

Otra ocasión se dio cuando un diputado comunista hizo un ataque a la honra de los diputados católicos, diciendo que no teníamos ideales patrióticos, que estábamos exclusivamente vendidos al Estado Vaticano. Entonces me fui encima con una interpelación retumbante, desafiándolo y diciéndole que no había disociación entre la religión y la patria. Di tales alaridos que él mismo quedó espantado. Fueron tantos los gri-

tos que, estando yo en 1961 en la Cámara de Diputados, ya con sede en Brasilia, para tratar una cuestión sobre la Reforma Agraria, un funcionario de la secretaría me miro atentamente y me preguntó:

-Usted ya fue diputado, ¿cierto?

-Sí.

Pero no dije mi nombre.

-Voy a recordar su nombre....

Consideremos que el tiempo había pasado y yo había cambiado mucho.

Él me dijo:

-Su nombre, en este momento no lo recuerdo, pero usted fue quien hizo aquella interpelación al diputado comunista, ¿cierto?

-Sí.

-Interpelación como esa nunca he vuelto a ver en la Cámara de Diputados. ¡Usted tuvo coraje! ... espere por favor: Usted se llama Plinio Corrêa de Oliveira.

-Sí señor, así es. ¡Usted tiene buena memoria!

“lucha de verdad por la Causa Católica!”

A lo largo de mi mandato me relacioné muy bien con los diputados de otros Estados, a tal punto que se dio el siguiente episodio.

Cierta noche, ya muy tarde, fui despertado por el teléfono del hotel en que yo estaba.

-Dr. Plinio, le habla Alcántara Machado.

-Mucho gusto Dr. Alcántara. ¿Qué se le ofrece?

-Quería pedirle el favor de venir urgentemente a mi casa, porque la situación política se agrava y voy a necesitar de usted.

Tomé inmediatamente un taxi, fui a su casa y lo encontré muy aprensivo. Me dijo:

-Hubo un problema con el Diputado Juarez Távo-

ra. Y el amigo de él, el Diputado João Alberto, declaró que mañana va a coger de las orejas y sacar de su puesto de Diputado Federal al Presidente de la Cámara el Dr. Antonio Carlos Ribero de Andrada y cerrar la Constituyente. Como usted es uno de los diputados más relacionados que tiene la bancada paulista, quería pedirle el favor de comenzar a acudir ahora mismo a los diputados de otros Estados, explicando lo sucedido y solicitándoles que mañana hagan fuerte presión para que no sea disuelta la Asamblea.

Quedé asombrado, porque la bancada paulista siempre había sido completamente indiferente a todas mis relaciones con las otras bancadas. Inmediatamente tomé un automóvil y comencé a recorrer las casas de los diputados católicos, con los que estaba más relacionado.

Al día siguiente, se abre la Cámara en un ambiente de expectativa. Antonio Carlos estaba pálido como el mango de marfil de un bastón



Dr. Antonio Carlos Ribero de Andrada Machado, Presidente de la Asamblea Constituyente



GESTA MARIAL DE UN VARÓN CATÓLICO

Divulgación



Mons. Gastão Liberal Pinto
(Aquí ya como Obispo de San Carlos,
interior del Estado de São Paulo)

y había llevado un pequeño abanico para refrescarse. João Alberto andaba con aires de soldado en medio de la Asamblea, y todo el mundo estaba tenso. Al final, la crisis se aplacó.

Eso muestra cómo ese trabajo de articulación era bien grande y bueno. A ese respecto dieron testimonio varios diputados como Cardoso de Melo, Barros Penteado y otros que, conversando con sacerdotes de la Curia, decían: “Oigan. Ustedes mandaron un representante muy sagaz a la Constituyente. ¡Él de verdad lucha por la Causa Católica!”

Cierta vez apareció en la Cámara Mons. Gastão Liberal Pinto. Creo que fue para ver mi actuación pero yo no me di cuenta de su presencia. Terminados los trabajos de aquel día, me dijo: “¡Felicitaciones! Lo vi hablando el día entero con otros, y estoy muy satisfecho con el diputado que pusimos en ese lugar”.

Dos opciones: carrera o defensa de la Causa Católica

Pero mientras esas cosas sucedían, en São Paulo se desataba el rumor calumnioso de que yo era tímido y había fracasado como orador. Y que la prueba de eso era que solo había pronunciado hasta entonces un discurso.

Ahora bien, todo lo que yo hacía entre bastidores no se podía divulgar. Por lo tanto, la calumnia contra mí crecía en los medios católicos paulistas y yo no tenía cómo defenderme. Era pues un lado más por el cual yo me sentía aislado y aproximándome de la miseria, porque en un año terminaría mi designación como diputado y todo ya estaría deshecho.

Al final, las enmiendas católicas fueron aprobadas y entraron en la Constitución, inclusive dos enmiendas más que inicialmente no estaban en nuestro programa y fueron presentadas duran-

hacer andar las negociaciones para su realización, utilizándome como uno de los propulsores del movimiento mariano que estaba en la raíz de la victoria de la LEC.

Entre tanto, a medida que iba siendo votada la Constitución, la Constituyente iba llegando a su fin, tanto así que ella aprobó un artículo diciendo que seis meses después de aprobada la Constitución, se disolvería. Y el problema para mí iba quedando cada vez más agudo bajo dos puntos de vista.

Primera pregunta, en cuanto a la Causa Católica: ¿Después de la Constituyente habría otro congreso con elección de diputados católicos,

A pesar de
los convites
recibidos,
Nuestra Señora
me ayudó a
optar por no
abandonar la
Causa Católica.

te los trabajos de la Asamblea Constituyente. Ellas fueron: la promulgación de la Constitución en nombre de Dios y el establecimiento de los efectos civiles del matrimonio católico.

¡Todo eso significaba una victoria católica sin nombre! Y el panorama católico en Brasil estaba ampliamente cambiado. La Iglesia aparecía como una potencia en nuestro país y las leyes brasileñas habían perdido, no toda, pero sí una buena parte de esa mala cara laicista que las caracterizaban anteriormente.

Nuestra Señora se quiso servir de mí como instrumento para lanzar la idea de la Liga Electoral Católica y



Arquivo Hevista

El Dr. Plínio en Río de Janeiro
durante su legislatura
como Diputado en 1934.

Asistentes a la instalación de la Asamblea Constituyente. En destaque de izquierda para derecha: Dr. João Paulo, Doña. Lucilia y Doña Rosée. Padre, madre y hermana de Dr. Plinio.



o se cerraría la LEC y todo volvería a ser como antes?

Segundo interrogante: ¿Si hubiese elecciones para diputados católicos, mi nombre sería incluido en esa lista? Si no, podría significar para mí la miseria, y con la miseria la pérdida de mi prestigio entre los congregados marianos. Si eso llegara a suceder, todo el impulso que yo venía dándole al movimiento católico, en el sentido de hacerlo contrarrevolucionario y de realizar los ideales que yo tenía a favor de la Iglesia, quedaba comprometido. Era, por tanto, mi apostolado el que quedaba comprometido, como también mis posibilidades de sobrevivir.

Entonces la pregunta aguda continuaba siendo: “¿Usted tiene coraje de aceptar todo, incluso el fracaso de su apostolado y no quedar como un hombre en procura de una carrera y que abandone la Causa Católica para ser un mero político?”

A pesar de los convites recibidos, Nuestra Señora me ayudó a optar por no abandonar la Causa Católica.

Estado de espíritu de Doña Lucilia

Cuento ahora un pequeño episodio para tener idea del estado de espíritu con el que Doña Lucilia acompañó mi elección y toma de posesión.

El día de la instalación de la Constituyente fue de una gran solemnidad en Río de Janeiro, pues las ceremonias de la vida pública en aquel

entonces se hacían con mucha más solemnidad que hoy.

Mi madre era una señora enferma y no podía quedar mucho tiempo de pie. La llevé hasta la tribuna reservada a los familiares de los diputados, pero no pude acompañarla exacta-

“...lo más significativo fue el hecho de que se haya acordado de mí. Esto me reveló de su parte un tal sentido del deber que yo hasta ahora recuerdo eso”.

mente hasta su lugar porque la sesión ya iba a comenzar. Entonces, descendí corriendo al lugar reservado para los diputados y me puse de pie en el corredor central mirando la tribuna de los familiares procurando ver si ella estaba convenientemente acomoda-

da. Cuando la vi sentada y mirándome la saludé y me fui a mi lugar.

Terminada la sesión, me dirigí al hotel con ella, mi padre y mi hermana. En la noche, después de la cena, antes de irnos a dormir, ella me dijo, espontáneamente, lo siguiente: “Tuve mucho placer en que fuera electo diputado y en asistir a la posesión. Sin duda, a su edad, es una cosa muy honrosa, con muchas posibilidades de prestarle servicios a la Religión. No tiene la menor idea de mi alegría de verlo como diputado católico”.

Se veía que ella no habría gustado, ni siquiera un poco, de que yo hubiese sido un diputado político.

“Pero lo más significativo fue el hecho de que en aquella hora de su posesión, se acordara de mí y verificara que yo hubiera encontrado lugar. Aquello me reveló de su parte un sentido del deber y un tal aprecio que yo ahora recuerdo eso”.

Los que se encuentran aquí en este auditorio pueden percibir cómo todas las preocupaciones políticas, de grandeza terrena quedaban para ella debajo de la Religión, de los vínculos afectivos y de otras cosas. No sé si serían muchas las madres que pensarían de esa manera. ♦

(Extraído de conferencia de 22/06/1973)

- 1) Revista “Dr. Plinio” No. 15, Julio 2019.
- 2) Mons. Sebastián Leme da Siveira Cintra, Cardenal-Arzbispo de Río de Janeiro (1930-1942)

SANTORAL



Felicio Lojrenco

San Serafín de Montegrano

1. Santa Teresita del Niño Jesús, virgen y Doctora de la Iglesia (†1879).

2. Santos Ángeles de la Guarda.

3. Bienaventurados Andrés de Soveral, Ambrosio Francisco Ferro, presbíteros y **compañeros** mártires, (†1645).

San Gerardo de Brogne, abad (†959). Fundador y primer superior de la Abadía de Saint Gérard, en Brogne, Bélgica.

4. San Francisco de Asís, religioso (†1226).

Beato Francisco Javier See-los, presbítero (†1867). Sacerdote rectorista oriundo de Baviera, tra-

bajó dando asistencia a los niños, jóvenes e inmigrantes de la ciudad de Nueva Orleans, Estados Unidos.

5. San Benito de Palermo, religioso (†1589). Hijo de ex esclavos, ingresó en un convento franciscano de Palermo, Italia. Fue un religioso ejemplar, destacándose por su humildad y obediencia.

6. Domingo XXVII del Tiempo Ordinario

San Bruno, presbítero y eremita (†1101).

San Francisco Tran Van Trung, mártir (†1858). Soldado Vietnamita decapitado en An Hoa, Viet Nam, por rehusarse a negar la Fe Católica.

7. Nuestra Señora del Rosario.

San Paladio, obispo († c. 596). Obispo de Saintes, Francia erigió una basílica sobre el sepulcro de San Eutropio y estimuló la devoción a los santos en su diócesis.

8. Santa Ragenfreda, abadesa († S. VIII). Erigió con sus propios bienes el monasterio de Denain, Francia, del cual fue la primera abadesa.

9. San Dionisio, obispo y **compañeros**, mártires (†séc. III).

San Juan Leonardi, presbítero (†1609).

San Gislano, monge († S. VII). Eremita en el bosque de Henao, Bélgica, fundó allí mismo un monasterio en honor de San Pedro y San Pablo, dando origen a la ciudad de Saint Ghislain.

10. Beato León Wetmanski, obispo y mártir (†1941). Obispo auxiliar de Plock, Polonia, martirizado en el campo de concentración de Dzialdowo.

11. Santa María Soledad Torres Acosta, virgen (†1887). Desde su juventud dedicó extraordinaria aten-

ción a los enfermos necesitados, a los cuales atendía con infatigable abnegación. Fundó para ese fin, en Madrid, la congregación de las Siervas de María y Ministras de los enfermos.

12. Nuestra Señora del Pilar, Patrona de la Hispanidad.

Nuestra Señora de la Concepción Aparecida, Patrona de Brasil.

San Serafín de Montegrano, religioso (†1604). Capuchino del convento de Ascoli Piceno, Italia. Tuvo dos grandes devociones el Crucifijo y el Santo Rosario.

13. Domingo XXVIII del Tiempo Ordinario

San Gerardo de Aurillac, laico († 909). Conde de Aurillac, Francia, fue ejemplo para los príncipes, viviendo con la piedad y austeridad de un monje.

14. San Calixto I, Papa y mártir († c. 222)

Santa Angadrisma, abadesa († c. 695). Superiora del monasterio de *Oröer des Vierges*, fundado por San Ebrulfo en las proximidades de Beauvais, Francia.

15. Santa Teresa de Jesús, virgen y Doctora de la Iglesia († 1582).

16. Santa Eduvigis, religiosa († 1243).

Santa Margarita María de Alacoque, virgen († 1690).

San Longino († S. I). Soldado romano que perforó con su lanza el costado de Nuestro Señor crucificado.

17. San Ignacio de Antioquía, obispo y mártir (†107).

Beato Pedro de la Natividad de Santa María Virgen Casani, presbítero (†1647). Religioso escolapio fallecido en Roma que, además de trabajar en la educación de los niños, atrajo multitudes con su predicación.

18. San Lucas, Evangelista.

* OCTUBRE *

San Asclepiades, obispo (†218). Insigne confesor de la fe en los tiempos de las persecuciones, en Antioquía, actual Turquía.

19. San Juan de Brébeuf, San Isaac Jogues, presbíteros y compañeros, mártires (†1642-1649).

San Pablo de la Cruz, presbítero (†1775). Desde joven se destacó por su vida penitente, celo ardiente y caridad con los pobres y enfermos. Fundó la Congregación de los Padres Pasionistas.

20. San Vital de Salzburgo, obispo (†c.730) Discípulo de San Ruperto, compañero de viajes e imitador de sus trabajos y viglias. Fue su sucesor como obispo y abad del monasterio de San Pedro, en Salzburgo, Áustria.

21. Beato Pedro Capucci, presbítero (†1445). Dominicano italiano, que meditando sobre la muerte se guio a sí mismo hacia las realidades celestiales y exhortó a los fieles en sus predicaciones a no caer en la muerte eterna.

22. Domingo XXIX del Tiempo Ordinario

23. San Juan de Capistrano, presbítero (†1456).

Beata María Clotilde Ángela de San Francisco de Borja Paillot, virgen y mártir (†1794). Religiosa ursulina, guillotizada durante la revolución francesa en Valenciennes.

24. San Antonio María Claret, obispo (†1870).

Beato José Baldo, presbítero (†1915). Fundador de la Congregación de las pequeñas hijas de San José. Con gran devoción eucarística se dedicó a las obras sociales y catequesis, en Verona Italia.

25. San Antonio de Santa Ana Galvão, presbítero († 1822). Religioso franciscano y fundador del monaste-

rio concepcionista de Nuestra Señora de la Luz en São Paulo, Brasil.

26. San Ceda, obispo (†664). Ordenado Obispo de los sajones orientales por San Finán. Fundó varias iglesias y monasterios, entre ellos el de Lastingham, en Yorkshire, Inglaterra.

Santa Gibtruda, virgen (†S. VII). *Ver página 18.*

27. Domingo XXX del Tiempo Ordinario

San Gaudioso, obispo († S. V/VI). Obispo de Abitinia, en Túnez, que huyendo de la persecución de los vándalos terminó sus días en un monasterio fundado por él en Nápoles, Italia.

28. San Simón y San Judas Tadeo, Apóstoles. Según la tradición fueron

martirizados en Persia, alrededor del año 62.

San Rodrigo Aguilar, presbítero y mártir († 1927). Fue ahorcado en un árbol en la ciudad de Ejutla, México, después de ser delatado por un falso amigo.

29. San Teodario, abad († c. 575) Monge de la región de Vienne, Francia, nombrado por su obispo “intercesor delante de Dios” y penitenciario mayor para toda la diócesis, por la sabiduría de sus consejos.

30. Beata Bienvenida Boiani, virgen (†1292). Terciaria dominica, que consagró su vida a la oración y penitencia, en Cividale del Friuli, Italia.

31. San Alfonso Rodríguez, religioso († 1617). *Ver página 2.*



Martirio de San Simón y San Judas Tadeo – Museo Vaticano, Roma, Italia



Santa del glorioso castigo

Después de ofrecer la vida por su superiora, Santa Gibitruda fue llevada al Juicio, pero Dios le ordenó volver a la tierra debido a faltas veniales que cometiera y no expiara. Él es tan sublimemente intransigente que no quiso soportarla en su presencia mientras tuviese aquellos defectos.

La biografía que tenemos para comentar es de una santa de la cual nunca había oído hablar. Se trata de una monja benedictina del siglo VII, Santa Gibitruda. La ficha es sacada del libro *Vidas de los Santos*, del P. Rohrbacher¹.

Constancia ante los primeros obstáculos

Sobre Santa Gibitruda, un monje llamado Jonás escribió:

Una virgen llamada Gibitruda, noble de nacimiento y por la Religión, se convirtió y dejó el siglo para ganar la comunidad (de Eboriacum), y la madre del monasterio, Burgondofara, la recibió con alegría, como a un gracioso y delicado regalo, pues era pariente suya. La quemaba un tal ardor, que siempre la gracia del Espíritu Santo parecía inflamarla.

Estaba aún en su casa paterna cuando, por consejo del Espíritu Santo, decidió dedicarse al culto de la Religión, y rogó a su padre y a su madre que erigiesen un oratorio donde pudiese ser la sierva de su Creador.

Los padres la juzgaron erradamente: los dos eran nobles de raza franca y no les importaba aún la vida que lleva al Reino de los Cielos. Por el contrario, deseaban saborear las honras del siglo, y por eso querían de la hija una posteridad, antes que la prenda del cielo. No obstante, nada pudieron hacer para disuadir a la joven de lo que traía en su espíritu: cedieron a su deseo y le construyeron una capilla pequeña.

Como la joven iba allí día y noche, la astucia del hábil enemigo se propuso tomarla como blanco. Y comenzó, por medio de su doncella, a causarle obstáculos, e impedirle que fuese al oratorio. La joven, viéndose atormentada, co-

menzó a buscar la clemencia del Creador, a fin de que aquella que le impedía orar y quería robarle la luz del alma fuese privada de la luz exterior.

La bondad divina no se hizo esperar. Muy pronto la mujer atacada por un mal de los ojos, se vio despojada de la luz necesaria, y el Árbitro clemente redobló el temor de los padres castigando al padre con fiebres, si bien que inflamado por la nobleza y por el ejemplo de la hija, ya aspiraba al temor divino. Pidió entonces a la hija que rogase al Señor por él y, si recuperaba la salud por su intercesión, seguiría su voluntad.

A este pedido de fe respondió la salud por largo tiempo diferida; el fuego de la fiebre lo dejó y el padre recuperó la salud de otrora. La joven, entonces, pidió licencia para ir a la comunidad de Eboriacum.

Allí llevó vida religiosa por muchos años, cuando, un día, Burgondofara

fue tomada de fiebres, llevando a creer que los lazos de su presente vida se cortarían.

Pon en orden tus sentimientos

Gibiruda, viendo a la madre del monasterio cerca de la última hora, entró angustiada en la basílica y pidió al Señor, con lágrimas, que se acordase de la antigua misericordia, a fin de que no dejase morir a la madre, pero que, a ella misma, recibiera en el cielo con las compañeras y allí no llamase a la madre sino para seguir las.

Después de las lágrimas, oyó una voz venida de lo alto que le dijo:

Vé, sierva de Cristo, lo que pediste obtuviste. Ella, de buena salud, puede ser unida a los bienaventurados después; pero tú serás primeramente desligada de las trabas de la carne.

En el mismo instante fue tomada por la fiebre y rindió su alma poco después. Ya los ángeles la habían tomado y la llevaban más allá del éter, y puesta ante el tribunal del eterno Juez, veía bandadas de vestiduras blancas—fue ella misma quien lo refirió después—, toda la milicia del cielo de pie delante de la gloria del eterno Juez.

Oyó una voz que partía del trono y decía:

-Vuelve, porque no estás enteramente desapegada del siglo. Está escrito: “da y te será dado”, y, además, se ve en la oración: “Perdonad nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”. ¿Te acuerdas de los sentimientos de rencor para con tres de tus hermanas? No curaste la herida con el remedio de la indulgencia. ¡Corrige, pues, tus flaquezas, pon en orden



por sus dones, las almas que aquí le fueron dedicadas, y que, por su amor, nada del siglo quisieron amar”.

El milagro es un premio de la fe...

La ficha puede parecer tan extraordinaria, por los milagros en ella narrados, que tal vez despierte en alguno un sentimiento de desconfianza. ¿No se tratará de una leyenda que habría sido incorporada a la historia? ¿Será que realmente hechos tan extraordinarios se dieron? Tanto más que, si nosotros acompañamos la vida de los santos más recientes, no notamos milagros de

ese orden. Y si no los hay, ¿por qué los habría en aquel tiempo? Y en este caso, ¿no estaríamos en nuestro derecho de dudar de acontecimientos de esa naturaleza?

A mi ver, esa sería una duda sin sentido, porque dos datos son indiscutibles y deben atraer nuestra atención.

El primero es: en las épocas de mucha fe, Dios Nuestro Señor realiza milagros más grandiosos que en tiempos de poca fe. Se diría que esto es una paradoja, pues donde hay poca fe Él debería hacer milagros portentosos, y donde ya existe mucha fe, no habría necesidad de tales milagros.

Pero la verdad es precisamente lo contrario. El milagro es un premio de la fe. Y quien pide con mucha fe puede obtener favores tan contrarios al orden normal, que constituyan milagros. Exactamente, por causa de eso, en las épocas de mucha fe los milagros excepcionales son más numerosos.

En la época en que el espíritu de duda penetra en las almas, y ellas co-

tus sentimientos, que manchaste con el tedio y con la negligencia!

¡Oh maravilla! Volviendo y tomando la vida anterior, ella reveló con tristes gemidos la sentencia que recibió, y confesó las faltas. Llamó a las compañeras hacia las que reservaba sentimientos de cólera, y les pidió perdón, para no incurrir en la condenación eterna por ocultar una falta.

Nuevamente saludable, vivió seis meses más en el siglo. Después, presa de la fiebre, predijo el día de su muerte y anunció la hora en que dejaría el mundo.

Su muerte fue tan feliz que, en la celda, donde el cuerpo yacía inanimado, se creían sentir exhalaciones de bálsamos y perfumes. A nosotros, que allí estábamos en ese momento, nos pareció un gran milagro.

En el trigésimo día, al celebrarle una Misa, según la costumbre de la Iglesia, un tal perfume llenó la nave que se diría haber allí todos los efluvios de las esencias y de los aromas. A justo título, el Creador hacía brillar,



mienzan, *a priori*, a negar la posibilidad del milagro o a exigir pruebas mucho más amplias y meticulosas de lo que sería necesario para reconocer la existencia del milagro; cuando las almas no tienen apetencia de lo extra-terreno, de lo sobrenatural, de lo divino, y, *a fortiori*, de lo metafísico y de lo sublime, la gracia se retrae y la acción de Dios se va tornando más escasa, rara y difícil de obtener. Es un castigo para aquellos que no quisieron creer.

Ahora bien, en el siglo VII estábamos en una época de fe, la Iglesia vivía

los primeros siglos de reconstrucción de la sociedad medieval que daría en la Cristiandad. En ese tiempo era natural que los milagros fuesen estupendos. Aquellas personas pedían y obtenían cosas que realmente los maravillaban, pero no las robustecían tanto en la fe, pues ya poseían esa fe vigorosa que fuera la causa de ese perdido.

En el Santuario de Aparecida del Norte hay un recinto llamado “sala de los milagros”, donde las personas depositan objetos en gratitud o cumplimiento de promesas por gra-

cias recibidas, en muchas de las cuales, si debidamente estudiadas, se podría reconocer el carácter de milagro. Viendo la fe con la que aquel pueblo va a rezar allí, se comprende que sus oraciones sean atendidas. Supongamos que aquella fe decayera mucho. ¿El número de gracias no disminuiría también? Sin duda. Porque la oración hecha con poca fe es poco atendida.

...Fruto de la predicación de la Santa Iglesia Católica

Alguien dirá: “¡Pero entonces no hay salida para un pueblo que cae en el despeñadero de la falta de fe! Es un círculo vicioso: él se enmendaría si supiese de milagros; por otro lado, él no conoce los milagros, pues éstos no vienen a un pueblo débil en la fe. Entonces él está perdido, amarrado en su propia incredulidad y condenado”.

Esto no es verdad. La causa ordinaria y común de la fe no es el milagro, sino la predicación de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Es la propia existencia de la Iglesia, la apetencia que el espíritu humano –tocado por la gracia– tiene de conocer las verdades que la Esposa de Cristo enseña y de amarlas como ellas son. ¡He ahí la causa determinante de la fe! El milagro es una causa excepcional de la fe. El gran favor de Dios no es que alguien haya creído por causa de un milagro, sino el creer aun sin verlos.

Esto lo testimonia el famoso episodio de Santo Tomás Apóstol que, al serle anunciada la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, dudó. Cuando se le apareció el Resucitado, él creyó. Entonces, el Divino Maestro exigió que pusiese la mano en su sagrado Costado para que tocando constatará ser Él mismo. Y después hizo este comentario: “Porque me has visto Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron y creyeron”. (Jn. 20, 29).

Se podría objetar: “Pero, Dr. Plinio, entonces usted reduce mucho el

Flávio Lourenço



Incredulidad de Santo Tomás – Museo Castellevecchio, Verona, Italia

papel del milagro, el cual deja de ser una gracia tan grande.

No. En relación a los flacos en la fe, el milagro es una gracia por la cual Dios fuerza, por así decir, el alma de algunos especialmente favorecidos y que no quisieron creer. Para éstos, el milagro es un gran bien, una dádiva extraordinaria; sin embargo, más felices habrían sido si hubiesen creído sin el milagro.

Para los que tienen fe, el milagro es de mucho valor como una prueba del amor de Nuestro Señor, que rompe su propio procedimiento normal para atender la súplica de alguien consagrado a Él, como esa religiosa, y que le pide un favor.

Así, vemos cómo Santa Gibitrua, siendo consagrada a Nuestro Señor, pidió y obtuvo gracias espléndidas, entre las cuales, la de que quedara ciega aquella mujer que obstaculizaba su vocación.

Existen situaciones en las que se puede pedir la desgracia de los otros

Algunos tal vez podrán quedar sorprendidos: “¿Cómo es posible que alguien pida que otro quede ciego? Se comprende que se implore para que una persona recupere la vista, pero, que quede ciega...”

Hay casos en los que una oración así puede ser perfectamente legítima y justa. La santa tuvo, probablemente por imponderables, el conocimiento de una determinada situación moral, o recibió una comunicación interior, por lo que ella vio que aquella mujer sería absolutamente refractaria a cualquier gracia. Absolutamente hablando, Dios podría darle gracias tan grandes que acabase por convertirse. Quizás aquella mujer tuviese el alma tan endurecida y mereciese tales castigos que Él no quiso concederle esas gracias.

Así, a la joven le quedaba sólo la siguiente alternativa: quedar gravemente amenazada de perder su vo-

cación, o pedir que la otra quedara ciega. Además, para su perseguidora era mucho mejor quedar ciega en esta tierra y no causar la perdición de un alma, que conservar la vista y comprometer una vocación. Pero, sobre todo, era mucho mejor para la gloria de Dios que aquella joven se hiciese santa, y que la ciega aguantara después, con virtud, su ceguera.

Hay situaciones, por tanto, en las cuales se puede pedir el mal de los otros, pero no en cualquier coyuntura o circunstancia. ¿Basta entonces que una persona me incomode, me moleste o perjudique mi salvación, para yo tener el derecho de rogar que ella quede ciega? No es así. Hay todo un conjunto de circunstancias que deben ser consideradas. Con todo, existen casos en los que se puede pedir la muerte, la enfermedad, la desgracia de los otros para que ellos no perjudiquen la ejecución de un designio de la Providencia. Si en los secretos designios de Dios no hubiera otro medio de apartar aquel obstáculo sino el castigo de aquella persona, pedir que ella sea castigada es una cosa que se puede hacer perfectamente y con criterio.

Para que esa petición sea bien hecha, son necesarias dos condiciones: que quien la pida, lo haga sin ningún apego personal. Luego, no es por rabia, irritación o comodidad, sino solo por el celo de su propia santificación. En segundo lugar, que en la hora de pedir –por las dudas– acentúe mucho: ¡Si ésta fuera la voluntad de Dios! Si no hubiera otro medio de remover del camino este obstáculo a mi santificación, entonces ruego que esto se realice. En estas condiciones, es perfectamente legítimo pedir.

Severidad y misericordia no se excluyen, sino que se completan

Vemos la prueba de esto en el lance final de la vida de Santa Gibitrua. Ella ofreció su vida por la superiora y,

al morir, tuvo incluso una visión espléndida en la cual contemplaba el revuelo de los ángeles con sus hábitos. Naturalmente, es un símbolo, pues siendo puros espíritus los ángeles no usan hábito. Llevada al juicio divino, recibió la comunicación de que había tres Hermanas a quienes ella tenía rencor o irritación, y ella no podía estar en la presencia de Dios con ese defecto.

Vemos en esto una mezcla de sublime bondad y condescendencia del Creador, y su sublime intransigencia. Dios es tan sublimemente intransigente, que una hermana por quien hizo un milagro tan excelso, no quería, sin embargo, soportarla en su presencia, mientras ella tuviese aquellos defectos.

Pero es tan sublimemente misericordioso que practicó este milagro: llevó a la hermana a su presencia y denunció el pecado que ella, ciertamente por propia culpa, no veía. La mandó de regreso a la tierra para pedir perdón por el pecado y expiar. Habiendo ella expiado e implorado perdón, entonces la llevó al cielo. Noten qué misericordia extraordinaria de Él con ella, al lado de una profunda severidad. Y cómo la severidad y la misericordia, lejos de excluirse, se complementan.

Vemos esto en la propia alma de la Santa. Si Nuestro Señor hizo por ella todo cuanto realizó, es obvio que es una gran santa. Sin embargo, tales son las contradicciones que caben en la pobre alma de una criatura humana, que ésta puede ser elevada en virtudes bajo muchos puntos de vista y, por tanto, atraer de hecho el amor de Dios, pero tener algunos defectos de los cuales ella necesita ser purificada y que la Providencia no tolera.

Y es por este modo contradictorio de ser de las criaturas que brilla de una manera especial la yuxtaposición de la justicia y de la misericordia de Dios. Justo en relación a un defecto, misericordioso para con el propio defecto en atención a las altas cualidades, y esco-



giendo un modo magnífico para curar a la religiosa de una falta que no era un pecado mortal, pues si lo fuese el Creador no haría eso. No llevaría a esa alma en estado de pecado mortal ante su propia presencia y a ver a los ángeles. Evidentemente, eran faltas veniales. Pero, en aquella alma, sobre todo, Dios no quería tolerar esas faltas. Él podría dar gracias comunes para que ella se arrepintiese y fuese al cielo sin ese milagro. Pero quiso hacerlo para probar, por esta historia, cuánto ama excepcionalmente a las almas que lo aman excepcionalmente. Y no podía haber para ella un castigo más glorioso que aquél que ella recibió. Podría llamarse “la Santa del glorioso castigo”.

¡Qué gloria en ese castigo! ¡Qué estupendo ser amada de tal manera que, para recibir esa reprensión, es sacada de la vida, puesta en la presencia de Dios, su alma es nuevamente reintegrada a su cuerpo y le es restituida la vida, habiendo recibido del propio Dios la lección que necesitaba recibir!

Él podría haber mandado a un ángel para hacer eso, pero fue Él mismo quien lo realizó. ¿Puede haber mayor gloria y mayor prueba de amor? Sin embargo, era un castigo.

Mirada luminosa para percibir nuestros propios defectos

Alguien podría preguntar: “¿Pero, por qué Dios hizo eso así? ¿Fue sólo por esa santa?”

Si fuese sólo por ella ya estaría perfectamente bien hecho. Eso se dio en el siglo VII. Nosotros estamos en el siglo XX, que ya va caminando hacia su fin. ¡Cuántos siglos des-

pués, en tierras que nadie imaginaba en aquel tiempo que existiesen, se está comentando esta ficha y la ocurrencia de esos hechos! Y nosotros aún nos extasiamos con la maravilla obrada por Dios, con ese conjunto complejo de aspectos tan variados, de los que estoy dando noticia.

O sea, esto fue hecho para que quedara brillando en la historia de la Iglesia hasta el fin de los tiempos. Cuando acabe el mundo y llegue el Juicio Final, es posible que alguno de aquellos sobre los cuales mis ojos están cayendo en este momento, encuentre una santa que le esté sonriendo de modo particular. Y la santa use como insignia una varita más luminosa que muchos soles, y hecha de una materia más preciosa que el oro. Y entonces se aproxime a esa persona y le diga: “¿Saben quién soy? Yo

soy Gibitruada, la santa del glorioso castigo. Recé por ti aquella noche que supiste mi castigo y mi gloria. Y ahora te encuentras cerca de mí y estamos todos salvados. Miremos hacia Nuestra Señora y glorifiquémosla, y, por medio de Ella a Nuestro Señor Jesucristo”. Y nosotros entonces, extasiados con la gloria de Santa Gibitruada, nos acordaremos de esta pobre conferencia, y le daremos gloria a ella, sintiéndonos asociados a su santa alma.

¡Cómo es bueno, por tanto, cerrar esta reunión diciendo: “Santa Gibitruada, rogado por nosotros! Dadnos la gracia de que no nos suceda lo que os iba pasando; o sea, tener algunos defectos que por nuestra culpa no vemos. Si no merecemos un castigo tan glorioso como el vuestro, es verdad también que nosotros tuvimos, al me-

nos, una ayuda luminosa que fue la vuestra. Teníamos defectos ocultos, pero por vuestro ejemplo, siglos después, los percibimos conociendo vuestra biografía. Y fue una invitación para que, en la noche del 26 de octubre de 1976, pidiéramos: Santa Gibitruada, haced luminosa nuestra mirada en el examen de conciencia, de manera a percibir todo lo que está oculto, y nuestras almas comparezcan delante de Nuestra Señora, límpidas como fue la vuestra, en la segunda vez en que delante de Dios aparecis-teis. ¡Santa Gibitruada, rogado por nosotros!” ❖

(Extraído de conferencia de 26/10/1976)



El Dr. Plinio, a finales de la década del 70

1) ROHRBACHER, René François, *Vidas dos Santos*, São Paulo: Editora das Américas, 1959. Vol. XIX, p. 42-45.



Misterios de un alma y de un pueblo - I

Para elucidar la línea general de la lucha entre la Revolución y la Contrarrevolución, el Dr. Plinio considera los misterios que pueden existir en el interior de un alma y los compara con los fenómenos, a veces también misteriosos, de la evolución o decadencia de un pueblo.

Me pidieron que hiciera una exposición con respecto a la línea general de la lucha entre la Revolución y la Contrarrevolución. Este tema es abordado en mi libro “Revolución y Contrarrevolución”, pero sobre él podemos tejer algunos comentarios.

El demonio actúa lentamente en los acontecimientos

En líneas generales, el proceso revolucionario se resume en lo siguiente:

En determinado momento se cometió un pecado inmenso, que tuvo como resultado el relajamiento de las costumbres, que consistió en una explosión de orgullo y sensualidad. Esta explosión minó, en primer lugar, las estructuras eclesiásticas, haciendo que en algunos países estallara el protestantismo. Después socavó en análogos puntos la estructura temporal, política, originando la Revolución Francesa y la implantación de los regímenes representativos contemporáneos y, más tarde, minó

el orden económico y social dando origen al comunismo.

Hay una cuestión a través de la cual se puede ver mejor todo este proceso, y percibir algo de la belleza de la lucha entre la Revolución y la Contrarrevolución.

Se trata de una pregunta que, creo, queda más o menos como una garra del demonio estrangulando a las personas y haciendo que ellas no sepan responderla: ¿Cómo se explica que, a lo largo de todo este tiempo, la Providencia no haya socorrido a su Santa



Lutero en 1529

Napoleón liderando sus tropas en la batalla del puente de Arcole

Lenin en 1919



Iglesia Católica Apostólica Romana, y no intervino para evitar el derrumbe de aquella estructura maravillosa de la Edad Media? ¿Cómo explicar, en último análisis, que la historia de la Contrarrevolución no sea sino una historia de derrotas?

Si consideramos que hace más de cuatrocientos cincuenta años reventó la primera fuente del protestantismo y que, de allá para acá, no hemos tenido sino derrotas, quedamos verdaderamente perplejos con todo cuanto la Providencia permitió, y nos preguntamos hasta cuándo Ella lo permitirá.

En los momentos de postración y de abatimiento, en los que el demonio más especialmente nos asalta en cuanto a la esperanza de alcanzar la victoria, tenemos una sensación -ella misma proveniente de una impresión difusa dejada por la historia de la Revolución y de la Contrarrevolución- que Dios no está interesado en el triunfo de su propia causa, y abandonó los acontecimientos para que ocurran de cualquier modo, permitiendo que el demonio no sólo nos tortu-

re, sino que lo haga lentamente. Así, la sucesión de los acontecimientos se da dentro de esta inmensa lentitud en la que el demonio para, afila el cuchillo, se ríe, hace una incisión más arrancando algunas gotas de sangre, estrangula un poco más; cuando se piensa que el demonio va a acabar el drama, él se sienta perezosamente y, posando sobre nosotros una mirada burlona, dice: "Tú piensas que acabó, pero yo no tengo prisa y voy a continuar".

A veces esto se transforma en una especie de vivencia que, a la manera de un soplete, perfora las almas de lado a lado.

¿Hasta cuándo, Señor?

Y tanto más cuanto que la siguiente respuesta, que saltaría a los ojos, no es muy convincente: la Providencia suscitó a San Ignacio de Loyola y a los grandes Santos de la Contrarreforma, a los mártires de la Revolución Francesa, los vendeanos, los chouans, los carlistas, los cristeros, García Moreno, y toda una cohorte de hombres de valor.

Sin embargo, se diría que esas personas ilustres, íntegras, extraordinarias se levantaron

en la cresta de las olas con todo el tamaño de su personalidad, para después ser derribadas. Y que las obras por ellas realizadas fueron infiltradas, adulteradas, se hizo burla de ellas y, cuando esas obras no murieron, se volvieron contra sí mismas.

Algunas de ellas perduran hasta hoy, pero seríamos llevados a preguntarnos si no sería mejor que hubieran dejado de existir, en vez de subsistir contra sí mismas, y si la longevidad de esas obras no es para ellas mismas una tristeza y una maldición. Entonces, ¿qué fue lo que quedó de levantar esas figuras extraordinarias, a no ser la prueba de que el enemigo era tan grande que ni ellas consiguieron detenerlo?

Es preciso que miremos todo esto bien de frente al tratar de la Revolución y de la Contrarrevolución, de modo a tratar de comprender bien los designios misteriosos de la Providencia y percibir,

en el reloj de Dios, qué horas son. ¿De qué valen los relojes de los hombres? La pregunta es: Dios y Señor mío, en las celestes agujas de vuestro divino reloj, ¿qué hora es? ¿Ya llegó la medianoche en la que vuestra ira va a descargar? ¿Ya se hizo negro el cuadrante y dorados los números? ¿Las agujas ya se transformaron en espadas y en rayos? Dios mío, ¿qué hacen vuestros Ángeles? ¿Usquequo, Domine, usquequo? ¿Hasta cuándo, Dios mío, hasta cuándo debemos continuar?

Hay sucesivos pedidos de Dios en el curso de la vida de cada persona

Para elucubrar sobre el asunto y tratar de llegar a una solución, seguiremos el siguiente método: considerar los misterios que pueden existir en el interior de un alma y compararlos con los fenómenos, a veces también misteriosos, de la evolución o decadencia de un pueblo. En otros términos, podemos preguntarnos cómo almas muy elevadas, muy amadas y llamadas por Dios decaen y, después, qué relación y semejanza hay entre eso y la decadencia de una civilización.

Tomen, por ejemplo, casos de hombres extraordinarios como David o Salomón. Ambos escribieron, inspirados por el Espíritu Santo, partes de la Sagrada Escritura. ¿Qué gloria mayor puede haber que la de un rey como Salomón, que se volvió la personificación del reinado de la sabiduría? Con todo, en determinado momento vemos que esos hombres caen y se desmoronan de una sola vez. David fue a pasear en la terraza de su palacio, miró imprudentemente hacia donde no debía, pecó, haciéndose adúltero y homicida.

Salomón decayó tanto que prevenció con innumerables mujeres, acabó cayendo en la idolatría y se volvió un hombre abominable a los ojos

de Dios. Su ocaso fue una basura en comparación con su vida verdaderamente brillante.

Hechos análogos continuaron ocurriendo en el Nuevo Testamento. Así vemos caídas repentinas que, por un misterio de la Providencia, son más numerosas que en el Antiguo

Testamento. Son almas colocadas muy alto, a quien Dios da grandes gracias y que hacen con Él un pacto de amor.

Establecido ese pacto, Dios quiere llevarlo adelante. Sin embargo, sucede que la persona conserva algún apego en una profundidad de su alma donde aún es explicable la existencia de ese apego, pues es comprensible que un alma marche de desapego en desapego en su ascensión espiritual. La Providencia pide un primer desapego que es, de momento, todo cuanto el alma puede dar. Después ella solicita más y



Rey David – Patio del Escorial, España



Rey Salomón – Patio del Escorial, España



más, gradualmente. Así, hay sucesivos pedidos de Dios en el decurso de la vida de cada persona.

Creo que cuando el alma dice el último “sí”, en general su misión en esta Tierra está cumplida, y ella es llevada por los Ángeles. In Paradisum deducant te Angeli -los Ángeles te lleven al Paraíso-, dice la antífona de la Misa de exequias. Porque entonces está todo hecho, todas las batallas fueron ganadas, y una cosa probablemente debe coincidir de un modo más o menos cronológico con la otra: en el reloj de Dios, la aguja marca la hora en que esa alma es acogida con un triunfo precioso. La obra está lista, el alma también. Vemos esto en San Pablo de un modo protuberante, cuando él dijo aquellas palabras famosas: “Combatí el buen combate, terminé mi carrera, guardé la Fe” (2Tim, 4,7). Él había evangelizado a todos los que debía evangelizar, renunciado a todo cuanto precisaba renunciar. Quedaba apenas extender la cabeza sobre el cadalso y decir sí al golpe que venía. Dicho este “Amén” último, él entra en la cohorte celestial.

“Hermano, ¿Perseveras?”

Al revés de lo que podría parecer, no es la primera renuncia la más dolorosa. A medida que la Providencia va pidiendo renunciaciones mayores, el dolor va creciendo. Así, el gran peligro de la prevaricación es cuando llega el momento en que Dios pide aquella última entrega.

Más o menos como un guerrero que está muriendo en el campo de batalla, con las entrañas afuera, después de haber atacado las murallas de Jerusalén y espantado por su audacia, salvando el ejército de los cruzados. En el momento en que está muriendo, Dios le pide lo siguiente: “¿Hijo mío, aceptas morir lejos de tu patria y de tu familia, desconocido y hasta olvidado por todos?”

A veces, la familia corresponde apenas a un pequeño feudo. Un día vi este título de nobleza: “Señor del Cerezal y del Olivar”. Entonces, se trata

de renunciar a la gloria que recibiría de aquellos que están junto a los cerezales y olivares, que él ni siquiera verá de nuevo. Sus vísceras están esparcidas por el suelo, sabe que va a morir, delante de él está la gloria celestial con los Ángeles cantándole, y viene el pedido: “¿Renuncias a aquello?”

Todos los apegos de la vida se concentran subconscientemente en aquel punto, y él es tentado a desear aquello como el más frenético de los afortunados codiciaría fortunas fabulosas, o tal vez como el más vanidoso de los ambiciosos desearía la realeza del mundo. Si en esa hora, dirigiéndose a Nuestra Señora, él dijera: “¡Madre mía, con vuestra gracia, sí!”, expira y muere en olor de santidad. Si dijera “tal vez” o “no”, yo tiemblo al pensar en lo que le puede suceder. Porque viene, enseguida, una tentación del demonio: “yo lo curo. Mira lo que perdiste. Tu vida se fue pero yo te doy todo de nuevo. ¡Adórame!”

Dicho ese “no” con el cual el individuo sólo no renunció a una minucia, a un restito de gloria en el cerezal, entra un demonio y lo echa todo a perder.

Quedé sanamente impresionado al leer, en cierta ocasión, cómo procedían unos religiosos -si la memoria no me falla, eran trapenses- al acompañar la muerte de uno de los hermanos. Formaban una rueda en torno de él, rezaban y, de vez en cuando, le preguntaban: “Hermano, ¿perseveras?” Por lo tanto, después de una vida llena de renunciaciones, existía el riesgo de no perseverar en aquel último momento.

Proceso de estancamiento y de putrefacción

Hay entonces un proceso de ruptura interna de sucesivas renunciaciones que culminan en la última y más heroica, en la cual el hombre hace la execración del último pequeño obstáculo, que a él se le figura como el mayor de todos los muros del universo que lo separa del ideal que debería seguir. Él renuncia a este último obstáculo y

con esto practica su supremo acto de amor a Dios y a Nuestra Señora. Se aplica a él, entonces, la frase de San Juan de la Cruz, de una dulzura enorme: “En el atardecer de esta vida seremos juzgados según el amor”¹ Por lo tanto, cuando estuviere llegando el ocaso de nuestra vida, seremos juzgados conforme a este punto: ¿hasta dónde llegó nuestra renuncia? ¿Hasta dónde fuimos capaces de desprendernos, de dar? Aquí está la cuestión.

Presenté este proceso en su última fase, pero esto puede ocurrir a cualquier altura de nuestra existencia. Un alma que dio y recibió mucho está muy unida a Dios por varios aspectos, pero en cierto momento Él pide algo, el alma vacila y dice “tal vez”. El primer modo de responder “tal vez” es afirmar “dentro de poco, no ya”.

Hay un dicho en alemán que acostumbro repetir: “Mañana, mañana, con tal que no sea hoy, dicen todos los perezosos.” Cuando yo era pequeño, la Fraulein Mathilde² me martillaba eso saludablemente en la cabeza, siempre que se presentaba el caso.

¡Cuántas veces decimos “mañana” a una invitación de la gracia! Es una cosa profunda que Nuestra Señora nos pide. En ciertas ocasiones, es algo instantáneo como un relámpago, por ejemplo, vencer un acto de antipatía en relación a alguien que nos orienta hacia la virtud; esto envuelve la renuncia a doscientas otras cosas. A veces es acceder a hacer un servicio que la persona no quería, o humillarse delante de alguien. En general, es algo que contiene simbólicamente para aquella alma una porción de otros puntos.

Cuando el alma dice “tal vez”, comienza para ella la más triste lucha que conozco en materia de vida espiritual: es la batalla de igual a igual, en la que la generosidad y la falta de generosidad son igualmente grandes. No es la lucha de las almas flojas, tibias, que ni siquiera luchan, y aquello sucede de un modo asqueroso. Es la de las almas que tienen generosidad, celo, que dijeron

“sí”, pero en cierto momento dicen “tal vez”. Se inicia en aquella alma un proceso, primero de estancamiento: no sube, tampoco quiere descender, ella desea resolver la cuestión por sí misma.

Comienzan a acumularse dentro de ella problemas nebulosos, tristezas insospechadas, desánimos inexplicables, nerviosismos, ansias, depresiones, sustos, fobias, deseos; el alma se torna una caverna llena de vendavales y no sabe por qué, pues sus primeras resoluciones están de pie y perfectamente bien, ella hace su examen de conciencia y encuentra todo en orden. El alma tiene, es verdad, un punto doloroso donde no se puede tocar. Allí ella no toca y ¡ay de quien toque! Ella forma, desde el principio, un jardín de castigo y maldición en el cual nadie entra.

Después viene la lenta putrefacción del lado bueno, aunque el aspecto malo no crezca. El lado bueno se va deteriorando, los buenos propósitos no dejan de aplicarse, pero la persona va cumpliéndolos cada vez más mecánicamente, ellos van dejando de ser firmes; en determinado momento cae un grado, después otro... ¡Susto!

En este valle de lágrimas, lo peor es siempre lo más probable

Entran nuevas gracias, nuevas bondades. Nuestra Señora pregunta: “¿Hijo mío, aquí querrás parar? Yo lo sostengo, apoyo, acepto, transijo, lo perdono con lágrimas en los ojos, pero tenga esperanza, ¡Yo vengo aún a llevarlo!”

La persona se adapta. De aquí a poco pasa la Santísima Virgen nuevamente y dice: -Hijo mío, llegó la hora de la renuncia. ¿Tú quieres?



Nuestra Señora de Coromoto
(acervo particular)

Teodoro Reis

- No, dentro de poco.

- Nuevo rompimiento, y aquella alma decae poco a poco, pasando por largos estados de aparente estabilidad en los que ella juzga estar bien, pero va cayendo, cayendo, hasta un momento en que en apariencia todavía está practicando la virtud, pero no es más la misma.

Ahí también viene un ángel y se la lleva. ¿Qué ángel? ¿Un ángel de oro, límpido, de legitimidad, o el ángel del horror, de las tinieblas, de la usurpación? Misterios de Dios, no se sabe bien.

Este es un proceso que puede revertir para el bien, como puede dar para nuevos descensos y llegar hasta el fin. No hay determinismo ni fatalismo a lo largo de este proceso, pero en este valle de lágrimas lo peor es siempre lo más probable, no nos engañemos.

Se trata de un proceso naturalmente demorado, porque, para sal-

var un alma de oro, la misericordia divina deja pasar mucho tiempo. Hasta vienen tiempos en que el alma se va embebiendo de gracias nuevamente y retomando la normalidad suben de nuevo y llega otro pedido.

Evidentemente, esas cosas llevan tiempo. A lo largo de la evolución de esas almas, Nuestra Señora pone otras para salvarlas, que hacen de todo: imploran, echan cuanto puedan tener de tesoros modestos o magníficos de celo, de sabiduría, de penetración psicológica, de paciencia, de energía, tal vez de incredulidad. Se diría que esas maravillas son como olas que suben y, si el alma no corresponde, esas olas caen de nuevo.

Para esa alma queda aquello acumulado y en el día del Juicio es una cuenta a ser pagada, necesariamente. La persona piensa que no hace caso al buen consejo, pero no percibe que el buen consejo rechazado un día será pagado; ella piensa que venció, de hecho fue derrotada.

Puede suceder que un alma sea largamente perseguida por la Providencia hasta grados inimaginables. Muchas veces Dios salva un alma así y hay conversiones espectaculares que son el encanto de la Iglesia, y la alegría de las almas justas hasta el fin del mundo. Sin embargo, en un número mucho mayor de veces eso no se da, y todo queda como lo estoy describiendo. ❖

(Continúa en el próximo número)

*(Extraído de conferencia de
24/2/1974)*

1) Avisos y Sentencias, 57.

2) Señorita Mathilde Heldmann, preceptora alemana contratada por Doña Lucilia para auxiliar en la educación de sus hijos.

Cómo se forma la costumbre – I



Berlín, en 1902

A partir de un análisis profundo del temperamento del pueblo alemán, el Dr. Plinio hace luminosas consideraciones sobre la costumbre, mostrando cómo éste es el lado precioso transmitido por la tradición y, al mismo tiempo, la continuidad de rumbos de un pueblo en la fidelidad a sí mismo.

Vamos a estudiar la costumbre: Qué es; cómo persiste; la relación entre costumbre y doctrina; costumbre y estructura político-social.

Espacio físico y espacio psicológico

Para ello, me parece que podemos iniciar analizando esta fotografía de Berlín, entre 1895 y 1914. Por tanto, retratando el ambiente de los años 1870, con la guerra franco prusiana y la victoria de Alemania, hasta 1914, con la I

Guerra Mundial y la posterior victoria de las democracias y de Francia.

Les llamo la atención en primer lugar, para lo siguiente: es un aspecto tomado de una calle donde no se ve a nadie con prisa; el correcorre norteamericano no está presente.

Una cosa curiosa que se observa aquí es que, por el tránsito, por las personas que están caminando, es evidente que se trata de una parte central de Berlín. Observen una mezcla entre paseo social y trato de negocio. Algunas personas están manifiestamente de paseo social, las seño-

ras sobre todo. Unas muy rígidas, están vestidas de paseo, con sombreros, arregladas con cuidado, como hoy en día no se ve a una señora que tenga trajes correspondientes a los que había en esa época; y con esos trajes no se iba a pie sino de automóvil.

Se ven algunos hombres preocupados, tratando de negocios. Y que el público que los ómnibus – un transporte colectivo en el medio – lleva, son personas que no están paseando, sino que van a la ciudad a fin de hacer algo.

Otra cosa es la siguiente: los espacios. Las personas no están apiñadas



Collection Kuhn (CC3.0)

las unas con las otras, sino que tienen holgadamente espacio para caminar de un lado a otro. Es el espacio material que se relaciona con el espacio psicológico. ¿De qué manera se relaciona? Nadie tiene mucha prisa, no está muy preocupado ni abrumado, lo que es una forma de espacio mental; por otra parte, hay espacio físico en torno de cada persona: nadie está en la inminencia de tropezarse con otro.

Hombres y mujeres tienen algo de militar

Sin embargo, esa gente, ya tiene noticia de cómo son las calles de Nueva York, y su entusiasmo tiende hacia esa ciudad y no hacia Berlín. Es decir, psicológicamente ya están caminando en Nueva York.

No es que deseen una transformación inmediata de esa realidad para ser como Nueva York. Más aún, ni siquiera están pensando en viajar allá. Pero desean para Alemania, un medio término, el de la “nuevayorkización”. Y, con certeza, si tuviesen a alguien que procurase crear en el espíritu de sus nietos, una nostalgia de los tiempos antiguos, sería como volver la espalda a Nueva York, y quitarían a sus nietos de esa influencia.

Por tanto, esto aquí, es una forma de progresismo en ese tiempo. Llamo aquí progresismo a la adoración del progreso.

Al mismo tiempo, mezclándose curiosamente con eso, hay un trazo evidente de la Alemania kaiseriana: una cosa cualquiera que denota existir en esa ciudad una corte. Esas señoras, esos hombres, etc. tienen en su presencia una corte. Y una corte preponderantemente militar.

Es la forma de gobierno determinando hasta la manera de andar. Estaba el *Káiser* de estampa muy militar, con cincuenta u ochenta pequeñas di-



Collection Kuhn (CC3.0)



Waldemar Franz, Herrmann Titzenthaler (CC3.0)



nastías cuyos jefes locales siempre de uniforme y presumiendo de sus regimientos locales integrantes del ejército alemán. Eso se nota hasta en el modo de andar de las señoras; su postura tiene alguna cosa de militar.

Marido, hijos, todos van a la guerra, y las señoras se quedan haciendo vendajes para los heridos, o tejiendo cuando llega el invierno, a fin de abrigar a los soldados; ellas participan del esfuerzo de la guerra, activa y militarmente.

En el paso de algunos hombres hay algo de militar. Aun los más civiles son medio militares. No es el paso de un civil de hoy en día.

Observen el alto pudor de los vestidos. No son bonitos, pero están hechos de muy buenos tejidos y tienen una cierta dignidad y solemnidad.

Hay una nota de jerarquía presente, inclusive en las relaciones entre las personas. No es un trato igualitario.

Alemania: aspectos externos e internos

En 1918, por lo tanto veinte años después, toda esa sociedad, esas dinastías estaban por el suelo. Mirando esas fotografías se diría que tienen recursos para vivir cincuenta años en esa situación, pues tienen

mucha vitalidad. Entretanto, todo está podrido. ¿Cómo se explica eso?

La guerra contribuyó mucho, fue una caída tremenda, pero no justificaría suficientemente eso. Voy a dar una prueba: la monarquía de los Habsburgo, mucho menos militar, menos firme en la apariencia, etc., fue más difícil de derribar. El Tratado de San-Germán obligaba el destronamiento de los Habsburgo de Austria, de Hungría, de Bohemia y de todos los tronos anteriores, y restaurar a los Habsburgo en cualquier trono, autorizaba inmediatamente la intervención militar de todos los otros Estados en la monarquía danubiana; lo que equivalía a decir que existía pánico por la popularidad de los Habsburgo. Y en Alemania no hubo nada de eso. ¿Cómo se explica?

Vamos a detenernos en el caso. Hay una jerarquía y una monarquía. No es una ciudad enteramente laica, lo sobrio está ahí presente. Pero, para completar el cuadro, debemos considerar lo siguiente: En días bonitos, esos hombres van a cazar mariposas en el bosque; se ponen pantalones cortos de tejido verde [Lederhosen] con las rodillas al aire, gruesos calcetines, sombrero con pluma, y cantan canciones del Tirol acompañados por pequeñas flautas. Las mujeres tam-

bién van vestidas de tirolesas [con el Dirndl o Dirndlgewand], llevando canastas con sándwiches y otras cosas que hicieron en casa para los maridos y los niños. Y, encontrando un árbol muy bonito, se sujetan unos a otros por las manos, hacen una rueda en torno al árbol y cantan. Eso me causaría encantos, lo encontraría ultra refrescante y regocijante. A pesar de todos mis encantos con Francia, eso no tiene nada de francés, pero es una cosa maravillosa. Yo me habituaria mucho más rápidamente viviendo en Alemania que en Francia; entraba en sintonía de lleno, inmediatamente.

¿Cuál es el soporte de todo esto?

Primero debemos preguntarnos si hay ideas presentes. En segundo lugar, ¿esas cosas sustentan las ideas, o las ideas sustentan eso? ¿La apetencia de ese pueblo creó el clima para que existiesen esas ideas, o éstas modelaron al pueblo? Analizadas esas cuestiones, veremos qué es la costumbre.

Se podría hacer una gran objeción a lo que estoy diciendo. Imaginen una caja de hierro, teniendo en la tapa y en todas las caras laterales unos clavos con las puntas vueltas hacia afuera. Ese es el aspecto externo de Alemania. Supongan que dentro de la caja todo esta acolchonado con plumas de cisne, de un color alegre y gracioso.



Vista de un campo en Ehrwald, Tirol, en Austria

Esa es Alemania. Porque la vida íntima de ellos es lo más diferente posible de aquellos clavos. Los padres quieren bien a los hijos, en alguna medida los padres se quieren bien entre sí, y los hermanos se quieren muy bien. La familia tiene una cohesión muy afectiva. Y son capaces de cantar la afectividad familiar, tocando pequeñas flautas, violines; la madre que entra en mañana en el cuarto del hijo llevándole algo que ella preparó habiéndose levantado más temprano, porque el hijo sacó una buena nota en el examen del día anterior.

Cosas este tipo hacen activa la vida interior de la casa, agradable, viva, y también el interior de un regimiento, de una fábrica o de una escuela.

Yacimiento de energía que marcha

Vamos ahora a lo más íntimo de estas consideraciones.

Hay en el pueblo un yacimiento, más o menos como los de carbón y de hierro del Ruhr, de los cuales, por más que se saque, aún tiene más dentro; tengo la impresión de que llegan hasta el centro de la Tierra, e incluso la traspasan del otro lado. En los alemanes existe una especie de yacimiento de energía, y energía saludable con la pulsación de un corazón saludable, y que marcha; todo el ritmo vital va al impulso de una marcha interna regulada e incansable. No están exentos de la pereza, pero esta es diferente del cansancio. El cansancio es una situación de agotamiento. La pereza es una falta de voluntad, viciosa, de contribuir con su esfuerzo.

Pereza ellos tienen o no, como cualquiera. Pero poseen una dificultad de cansarse, tienen una regularidad, una fuerza, una cosa inagotable, y que es el gran capital de la nación, coaligada con una salud muy buena, también



Emperador Carlos de Austria

no se puede negar, no teniendo la longevidad. No confunden salud con longevidad; es la plena *Leistung*¹ durante el período de la madurez.

Si un hombre, durante el período de la madurez – e incluso desde niño – dio una *Leistung* fuerte, él vivió. Tuvo aquel capital de *Leistung*, que aplicó en todo.

De ahí, resulta una necesidad del método y una ausencia del capricho. Naturalmente también tienen gente caprichosa, está en la naturaleza humana, pero el capricho es poco preponderante entre ellos. Son el método, el sistema, el planeamiento, etc. que tienen la preponderancia y hacen que el fondo de su temperamento sean apetentes del estado militar. Es decir, esto forma militares, y da apetencia de una forma de ser que la condición de militar exige; de manera que la militarización de la vida es [debida] en parte a la importancia que ejerce en su vida, pero también en parte porque toda su vitalidad pide eso. Y quieren eso; ellos son así.

Era una época que no tenía cosmopolitismo, ni viajes internacionales, y cada pueblo se formaba con el desenvolvimiento natural de todas sus propias cualidades. Como resultado de eso, modelaban una vida de familia, de ciudad, modas, trajes, cultura exactamente así. Es su propia lógica, son batallones de argumentos y silogismos que van dirigiéndose para la destrucción de un sofisma.

Y el modo de ser necesitaba ser el Imperio, con la tendencia a lo universal, que no es sólo la continuidad de Carlomagno.

Su historia, fue el empuje, la expansión ordenada de todo esto. En mi opinión, el apogeo de Alemania en esa época – no hablo del mundo germánico, con Austria incluida, porque en ese caso ya sería otra cosa – fue en ese período. Y llegó a una situación en la que el temperamento y el modo de ser influyeron a fondo en un cierto modo ordenado de vivir la Fe, las costumbres y las relaciones privadas. Y la Fe más las relaciones privadas, influyeron en las relaciones públicas. Y éstas, a su vez, confirmaron el dominio privado. Había una especie de mezcla entre el dominio privado y el dominio público, donde todo era coherente, desde el peinado de la señora hasta la punta del zapato bien lustrado del militar, o el sombrero de copa del profesor, en la plena floración y fructificación de una cosa que era ella misma.

Dos hechos culminantes de la Historia de la humanidad

¿Qué es la costumbre dentro de eso? La costumbre se forma con la repetición de hábitos, en las mismas situaciones, renovándose siempre para explicitarse y quintaesenciarse.

Esto constituye un legado histórico que es la tradición; aquello que la costumbre transmite de una generación a otra. La costumbre es, por lo tanto, el



Emperador Francisco I

embalaje, el lado precioso que transmite la tradición. Pero es también la determinación de rumbos de un pueblo en la fidelidad a sí mismo.

Y con la tradición y la costumbre, la fisonomía de la nación expresando enteramente todo eso, tenemos un pueblo que llega a su plenitud. Es el trazado recto de una historia.

Austria hizo eso con todas las piezas de la monarquía del Danubio. No oprimió, no comprimió, sino que la asumió, supo hacer un coctel, fue una realización al mismo tiempo medio militar – porque claro está

que aquello sin tropas no se mantenía –, entretanto cultural y diplomáticamente, etc., de una cultura muy grande. Por eso yo creo que Austria no es puramente alemana. Es una obra prima de la política europea.

Un oficial inglés escribió una biografía del Emperador Carlos, después de que éste fue hecho prisionero en Budapest, fue llevado en una cañonera inglesa por el Danubio hasta el Mar Negro. Y pasando por todos aquellos pueblos que están en los márgenes del Danubio, que eran, por así decir, “perseguidos” por el Imperio, en el reco-

rido entero, todo el pueblo le aplaudía. Incluso en países – me pareció eso aún más conmovedor – que no pertenecieron al Imperio Austro-húngaro, como por ejemplo Rumanía, el pueblo vestido con trajes regionales cantaba y aplaudía mientras él pasaba.

Este episodio y aquella actitud de la población de Viena que quiso ofrecer una fiesta al Emperador Francisco I, para compensarlo por la derrota de Austerlitz², porque estaban con pena, son de esos hechos culminantes de la Historia de la Humanidad.

Esto es una cosa que, por ejemplo, un suramericano, que se desarrollara como se desarrolló un austriaco, podría hacerlo tal vez, incluso con un espíritu más amplio; somos nosotros, ya no es Alemania. Por otro lado, imaginen que se pusiese con ese pueblo que está dominando el Imperio Austro-húngaro, como era en las vísperas de la I Guerra, los croatas, por ejemplo, ellos realizarían atentados, gritarían injurias, arrojarían huevos podridos, harían de todo.

Entonces, en la apreciación de Alemania, tengo mucha admiración. Pero en comparación con Austria, entra mucha restricción de mi parte. Creo que todos ven que es razonable lo que digo.

En el mundo no se organizó una expansión imperial en ese sentido. El imperio romano tuvo algo de eso, pero no fue así. En Alemania es el triunfo propiamente del espíritu cristiano, algo de la presencia de Nuestro Señor Jesucristo. ❖

(Continúa en el próximo número)

(Extraído de conferencia de 29/8/1986)

- 1) Del alemán: Poder, capacidad de acción.
- 2) Batalla ocurrida en 1805, en la cual Napoleón derrotó a Austria, provocando la caída del Sacro Imperio Romano-Germánico.

La incomparable y maravillosa Sainte-Chapelle

Los vitrales de la Sainte-Chapelle son lindos y famosísimos por su colorido delicado. Impresiona la suavidad de las nervaduras y de las columnas que, aunque pequeñas, sostienen bóvedas enormes. Se nota una suprema distinción, buen gusto, armonía, nobleza y una cierta bondad que se ciernen sobre todo eso.

Esta es la incomparable y maravillosa *Sainte-Chapelle*. La forma peculiar de la construcción viene del hecho de que tiene poco espacio para expandirse. Ella fue construida para ser la capilla del Palacio Real cuyos antiguos edificios, que la comprimían muy de cerca, fueron sustituidos por el actual Palacio de Justicia de Francia.

La capilla de los pobres

San Luis IX la construyó para albergar espinas de la corona de Nuestro Señor Jesucristo.

Su elevación está realzada por esta aguja que sube a la manera de flecha que, habiendo sido destruida en la época de la Revolución Francesa, fue reconstruida en el siglo XIX. Es una imitación de la flecha auténtica y verdadera.





LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA



Mark Mitchell (CC3.0)

Esa parte interior es deslumbrante! Es de piedra policromada, y el techo da la impresión de un cielo estrellado. Todas las ojivas y las columnas también son pintadas.

Impresiona la delicadeza de las nervaduras y de las columnas que, aunque pequeñas, sostienen bóvedas enormes. De esas columnas parten largas astas, recordando la elegancia de las ramas de una palmera. Reciben, por eso, el nombre de columnas en forma de palmera. En los puntos donde esas astas se encuentran se constituyen colgantes bellamente trabajados. Esta parte corresponde, naturalmente, al lugar destinado al altar y forma una especie de capilla mayor que se separa del resto.

La capilla se compone de tres naves, según el plano típico de las iglesias medievales.

La parte baja de la *Sainte-Chapelle* es una maravilla, y estaba destinada para que los empleados del Palacio asistieran a Misa. Este dato contradice la famosa versión de que en la Edad Media no se pensaba en los pobres. Ahora, ¡esa era la capilla de los pobres! Ojalá los ricos tuvieran, hoy en día, capillas así...

Los medievales gustaban mucho de la policromía

La policromía es muy bonita; vemos bellos mosaicos y, en las columnas, sobre un fondo azul oscuro, la flor de lis de oro. En ciertos puntos encontramos aplicados alternativamente, sobre un fondo rojo, un castillo y un león.



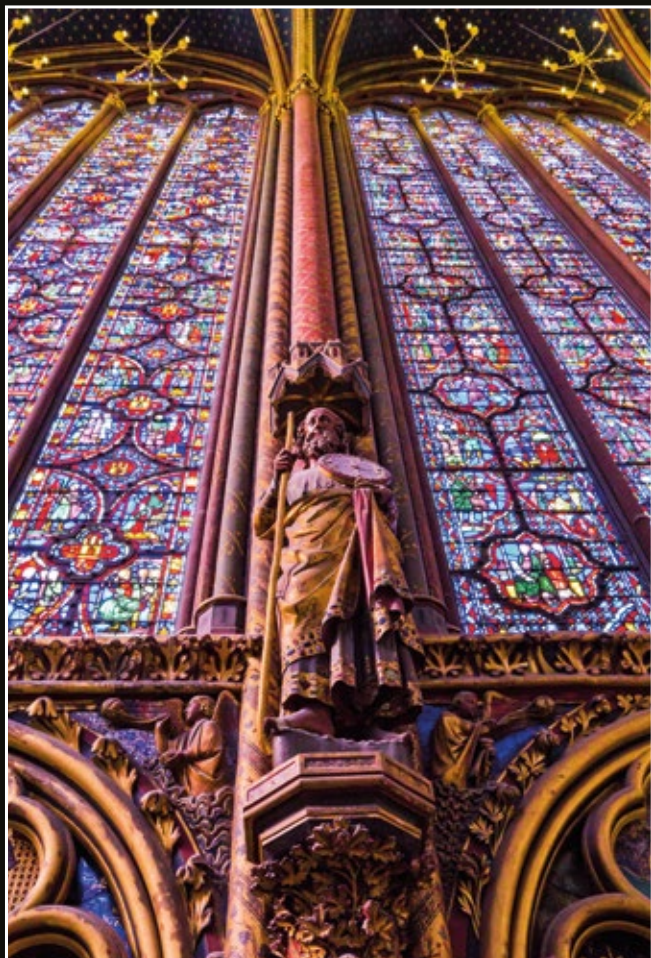
Pedro M.



Pedro M.



Jean-Christophe BENOIST (CC3.0)



cjuneau (CC3.0)



denitr (CC3.0)

Se nota el gusto del hombre medieval por la policromía: columnas rojas, azules, de las cuales parten las “ramas de palmera” rumbo al punto de encuentro bellamente adornado. ¡Es una verdadera armonía!

El azul de ese “cielo” es profundísimo, como el cielo atmosférico no acostumbra presentarse. Pero parece indicar más el Paraíso eterno que el cielo visible de la Tierra. En determinado punto de la capilla, ese azul profundo y noble contrasta con lo que hay de blanco, de cándido en las escenas representadas en las pinturas o en los mosaicos.

Los vitrales de la *Sainte-Chapelle* son lindos y famosísimos por su colorido delicado. Entre ellos, se ve uno representando a Nuestra Señora con el Niño Jesús y, al lado, otro con un rey vestido a la oriental, como, por cierto, la Santísima Virgen también.

Llama la atención la belleza de los colores con sus variados tonos, todos muy bonitos y armónicos. En la figura del rey, por ejemplo, impresiona la belleza del color de la capa, del verde en ciertas partes del vitral y del relicario que él lleva. La expresión de su fisonomía es también muy bonita.

En otro lugar, en un rosetón, se ve un personaje tocando laúd. Todo de una suprema distinción, buen gusto, armonía, nobleza y un cierto afecto, una cierta bondad que se ciernen sobre todo eso. ♦

(Extraído de conferencia de 1/7/1972)



Joe deSouza (CC3.0)

Meditación de María

Tal vez nadie jamás tuvo los medios para hacer una meditación de la vida entera de Nuestro Señor Jesucristo. Pero creo que siendo Nuestra Señora quien era, favorecida de todas las gracias y dones en un grado y abundancia insondables, Ella no hizo sino esto.

Así, Ella meditaba en todo el significado y alcance delante de la Santísima Trinidad de cada gemido, de cada dolor, a lo largo de la pasión, y también de cada alegría por ocasión de los júbilos de la Resurrección, así como durante el Nacimiento y cuando Él vivía en su claustro virginal: todo esto Ella lo conoció y adoró, estuvo continuamente presente en su mente a causa de los conocimientos propios de Ella y que le eran comunicados por su Divino Hijo.

Esta contemplación debía dar la expresión de la mirada de María Santísima y a su actitud recogida una fuerza de meditación verdaderamente extraordinaria, unida a su sabiduría: un conocimiento milagrosamente amplio y una interpretación sapiencial de todo cuanto hubo.

Esto constituyó una arquitectura como la de un palacio: *vita Domini Nostri Iesu Christi*, desde el primer instante de la Encarnación hasta la hora de la Ascensión. Completada esta, cuando Él entró al Cielo y se sentó en su trono, terminó su vida terrena y todo se hizo. ¡Ese todo Ella lo conoció, admiró y amó de un modo extraordinario!

(Extraído de conferencia de 10/7/1991)

Anunciación. Museo de la Catedral de Santo Domingo de la Calzada, La Rioja, España)